

Antología poética

ÍNDICE

Para andar conmigo

Esto es amor: quien lo probó lo sabe
Receta para rellenar sonetos
Fruta
Pasión asunta
Leyendo unas cartas viejas
Sequero

Razón de ser

Misterio doloroso
Quién no está solo
Herencia
Consolación por la carne
La amada del poeta
Primitiva

El cadáver del alba

La primera palabra
Dice la misteriosa adecuación entre su amada y su carencia
Reconoce su deuda para con la amada
No se atreve a creer que su amada padezca, como él, del mal de ausencia
Del perro insoslayable y de su pan preciso
Canta aquel punto donde nacen los pechos de la amada
Quedar
Febrero
Hoy por hoy
Puñeto
Colofón
Esto del Tiempo

Prosa española

Desde mi punto muerto
En qué consiste ser español
Oración por los españoles sin España
Loco con el mismo tema
Tríptico de la libertad (III)
Lo peor
La cadena
Futuro perfecto
Delitos

Del río de mi olvido

Rapto
Penal

Nanas
Olivas
Puerto de qué futuro

Aprendiz de amante

Romancito de soltero insomne
¡Ese fluido...!
Permanente fluencia
Anisocronía
Soledad de dos
Asunta mía

Cuidemos este son

Cuidemos este son
Toná
Soleá (de 4 versos)
Soleá (de 3 versos)
Soleariya
Siguiriya gitana
Siguiriya corta de la Isla
Tango
Liviana
Bulería
Cantiña
Alegría
Jugueteillo
Fandango
Nana
Sevillanas
Colombiana

Para andar conmigo

Esto es amor: quien lo probó lo sabe

Esto es amor, lo noto por la aroma.
Me da en el centro, túmbame y me eleva
y en andas de su vuelo tráeme y lleva
y en gustos de su azar me deja y toma.

Bien me sé yo el sabor, la añeja poma
retoñada a un milagro de la gleba.
Pero qué vieja ya, pero qué nueva
al ventanal la faz que la alma asoma.

Si esto no fuera amor, no me tendría,
tan viejo ya, tan niño todavía,
naciendo y me muriendo de este modo.

Que él y nada más que él ignora y sabe
y cabe la alma en él y en la alma cabe,
virgen amor después y antes de todo.

Receta para rellenar sonetos

En el primer cuarteto del soneto
nombrarás a la cosa titulada.
Luego tres adjetivos, luego nada...
y está relleno ya el primer cuarteto.

Después le harás preguntas, indiscreto,
o le apostrofarás con lengua airada
y tendrás hecha ya media jornada
sin haber hecho nada por completo.

¿Ves qué sencillo? El tema es lo de menos.
Lo importante es que estén los versos llenos
de vocablos sonoros y exquisitos.

Los antiguos, los pobres, ignoraban
esta fórmula simple y procuraban
volcar, ingenuos, su alma en sus escritos.

Fruta

Qué sabes tú las llamas que tú llamas
ni a cuáles precipicios precipita
tu volumen frutal, tu olor de cita,
tu sangre en forestal rumor de ramas.

Tú vas y no te ves, te me derramas
y no te mojas tú, solo en mi cuita,
un verdor de delfines me visita
y se deja en tus peñas sus escamas.

Risueñamente tú, como si nada,
me retienes el látigo moreno
de mi mano en la nata de las tuyas.

No la sueltes que está, desorbitada,
amagando en el lampo de tu seno
un trallazo de garfios y de puyas.

Pasión asunta

Asumiste mis túrdigas de ganas,
estas agrias piltrafas del deseo
y con ellas erguiste un mausoleo
donde dar tierra a tantas y tan vanas

protuberancias de vapor. Lejanas
se apagaban las hebras del zureo
y en su vez nieves músicas de Alfeo
paliaron la adustez de mis besanas.

Albañila de mí, remendadora
de cuánto siete del amor, de cuánto
zancajo de penuria y carestía.

A saco entraste por mi azar y ahora
soy tan cosa de ti, me has hecho tanto
que ni es decente que te llame mía.

Leyendo unas cartas viejas

El corazón aquí y aquí se estuvo...
Y aquí también... Y aquí. ¡Qué hartón de vida
tirada por los bordes desta herida
en qué otro corazón que me sostuvo!

Recuerdo arriba, adentro, me entro, subo,
leyendo, yendo en letra conocida
por un ayer que se me desolvida
hiriendo al desandar cuanto se anduvo.

Aquí se tuvo el querezón y pace,
cordial, cárdeno eral de sangre y yace
sobre, bajo este trebolar, defunto.

Una carta el vivir nunca acabada,
entinta, veniazul, desaforada...
que data y firma Dios y pone punto.

Sequero

Ya están replantonando la lechuga,
devastando la almáciga de menta.
Ya se quebró el yelor. Hazte la cuenta
que viene abril mullendo su jamuga.

Ya el cogollo mollar se desarruga
y Dios en la albitana canta y cuenta
su cuento y su canción. Ya la osamenta
recorta de los brécoles la oruga.

Todo se cuelga para tu llegada;
barroquizan las vides su arabesco
y afelpan los albérchigos sus teces.

Sólo en mi dentro no florece nada.
Sólo yo ni me espigo ni me crezco
por ti ni por tu abril como otras veces.

Razón de ser

Misterio doloroso

El drama es la distancia.
(J. Cocteau)

La incurable otredad que padece lo uno.
(A. Machado)

La promiscuidad de soledades...
(M. Vargas Llosa)

... los hombres, cómo chocan sin verse...
(L. Cernuda)

No hay solución. Ni a solas ni con nadie.
Somos cosa perdida.
Los besos dan más sed; lo he comprobado.
Amor va contra amor.

Es vivir irse dando restregones
sangrientos contra el quicio
del corazón más prójimo.
Quicio que se, también, quebranta y cede,
corazón que también padece, sangre
que se funde a la nuestra
y es ya toda una lástima fluida
sin más recurso que morir en mar.

No quisiéramos ir doliendo, hiriendo,
pero es inevitable según vamos
abriéndonos camino a cuchilladas,
erizos todos y en tan corto espacio,
con el gravísimo problema
de la murienda en pie, del paro de los pulsos,
del nivel cultural del pueblo y sus pasiones,
de pretender urbanizar el caos.

Será mejor estarse quedo en casa,
cerrar labios y ojos, puertas, manos
y sólo abrir el chorro
salobre y esporádico del llanto.
No quejarse siquiera a media voz.

No vaya a ser que alguien nos oiga
y se alastime de nosotros,
quiera juntar su hambre
con nuestras ganas de morder
y se enreden las venas muchas más.

Debíamos todos ir con cartelitos
que advirtieran: "Peligro de quererse".

“Prohibido el paso al pecho”. “Zona oscura”.
“Alta tensión de amor”...

Uno no acaba de explicarse cómo
somos y nos movemos, solos, juntos,
tan incompletos, tan incompletables,
con tanto de miseria y tanto lujo
de ciega caridad desperdigada,
incompatibles con la compañía,
no convivientes con la soledad.

Este misterio de los medios pechos
perfectamente inacabados, huecos,
amueblados de púas todo en torno,
los arduos tropezones en la sombra,
los idiomas babélicos, abstrusos...
¡Las diversas maneras de ser y padecer!

Quién no está solo

¿Quién no está solo?
¿Qué raro ente dichoso no apremia compañía?
¿Quién no rebosa pura unicidad?

Yo estoy, tú estás solo, él no está todo.
Todos estamos islas imposibles
girando en el vacío. Sólo ecos
del propio llanto oímos. Cráneo el mundo
donde retumba nuestra propia voz.

Abres los ojos esos que nadie besó nunca
estrenando ilusión cada mañana,
el lazo tiendes de los párpados
bien ancho por si en él posa algún prójimo
y alegras ya el cimbel de la pestaña
porque te quiso parecer...

Todos los cinco y treinta años que llevo
me han sido necesarios para aprender la adusta
lección de invalidez: no existe nadie.
Nadie leerá estas lágrimas, paginará estos pujos:
nadie sabrá nunca este ardor.

Ese rostro que acechas es el tuyo
mismo y más desolado.
Es un espejo el aire redondo y sin fisuras
que sólo tu aplanado reflejo restituye.
No existen los demás.

O, si existen, están todos tan lejos,
hacen tan raros signos, tan arduas lenguas usan,
que sólo se consigue comprender o que sientan,
después de mucho aspa ventar a solas,
esta urgencia de amor mutua y gigante,
única so ga de amargura
más cruel cuanto más larga, que anuda en la distancia
tu hambre de los demás con los demás.

Herencia

Desde que me levanto del vientre hembra y aun antes
vamos viviendo ya de ayer y de prestado.

La ventana que asomas tiene huellas de manos
de todos los estilos:
esta morena dio la aldaba,
esta otra el vidrio puso, el gozne aquella,
un bisabuelo tuyo la apaisó.

Te calzas con la vida, qué sé yo, de un romano.
Desde cincuenta siglos acuden a vestirme
gentes de todos los colores. Sangre
de moros desayunas
aderezada con sudores griegos.
Salivas ojivales o románticas
abren tu digestión, ese misterio.
Tu casa —¿tuya, tuya?—
debe el portal a un turco
seljúcida, la llave a un maniqueo,
el techo, la terraza a un “Cro-Magnón”.

Tu calle... bien, la calle, almoravide
en su mitad por parte de estructura,
cartaginesa en otras partes,
conduce a un paraninfo victoriano
donde truecas papiros iranés
por baratijas coptas, es un decir. Monedas
con dos, tres, cuatro cifras en la fecha
te acorazan y adornan tus vitrinas,
¿te has parado a pensar?

Y de tus libros, tus memorias sabias,
más vale ya no hablar. En arameo
rezas, en latín juzgas,
persuades a otros en dialecto
jónico y edificas
con el argot de Hipona, el tingladillo
donde aposentas tu hombridad.

Sobre un monte de cráneos horadados
hemos puesto la casa.
No se caerá.
Puntales, recios fémures,
juran por su equilibrio,
guarnecen esta paz —aún no de todos—,
mullida —no de todos todavía,

¿cuándo de los demás?— en la que cuatro
mollares rostros-pálidos, silentes y extasiados
reducimos la música en potencia
para que nuestras nietas la lleven en un dedo
quizá de Marte a Aldebarán.

¡Qué peana de sangre coagulada,
de linfa fósil, de sudor marchito,
hace hoy posible el lujo
este ponderar tamaña deuda!

Y aún hay quien dice “Yo...”
y pone luego un verbo en forma activa
con tres o cuatro complementos, ellos
directísimos todos... ¡Qué inocencia !

Pues estas mismas líneas
cómo firmarlas ni fecharlas, cómo
darles fin, si es un río este en que andamos
y el que salte a la orilla está perdido
y el que no salte qué...

Apaga, pues, y vámonos,
poeta, con el dedo de tu madre
y piensa que es el aura de cien generaciones,
el temblor de mil nervios difuntos en cadena,
lo que enardece el pelo de tu lámpara
cuando pulsas la luz.

Consolación por la carne

Según la magnitud de mis angustias
así alegraron mi alma tus consolaciones.

(David)

Lo único que nos une es la separación.
(H. M. Enzenberger)

Amar es más difícil que parece;
ser amado, imposible. Ya es bastante
que alguna vez se nos tolere un poco,
se sufra nuestro aliento,
se nos oiga en silencio pedir o renegar.

Y porque así de arduo
es y así de costoso el fruto último,
ese nombrado amor que apenas nadie
poseyó ni vio nunca,
es bueno y natural que tú y yo ahora,
amiga de mis ojos y mis manos,
nos empapemos hasta los meollos
de los huesos en esta salsa calda
de darnos y gozarnos cuerpo a cuerpo,
sin tela en medio, sin reloj, sin aire,
hasta después de ya no poder más.

Será mentira esta palabra,
no será cierta tu sonrisa.
Mi sueño o tu memoria,
tu ayer o mi mañana
podrán vagar por tantos otros reinos,
bajo qué otras banderas, cada cual por su olvido
o mascando la propia soledad;
podrá no ser de veras
nuestra promesa para tantas horas...
pero esto sí es verdad:
este ternos de hoy es nuestro todo,
este cuerpo oscurísimo que abrazas,
esos pechos fluidos que rebosan mis manos,
este labio que obligo entre los míos,
esta batalla del placer sin tregua
es nuestra y la ganamos al par que sucumbimos,
a un tiempo vencedores y vencidos los dos.

Oh, sí, la carne mutua es verdadera,
consiste, suda, pesa y se estremece,
no es cierto que sea triste ni que amargue los ánimos
ni queda otro regusto tras del beso
sino el de reempezar.

No esperes a que venga qué amor a sostenernos
con su maná tan raro como efímero,
tal como nadie espera a la cosecha
para entonces sembrar.

Enterremos en huertos de presente
estas verdes adelfas que se irán expandiendo
cada una a su hora. No nos hablen de amor.
Ya vendrá si es de ley...

Hoy somos sólo un pulpo de ocho miembros
que raramente un tajo divino escindiría.

Tú yaces en la paz y entre mis manos
yo esgrimo el vellocino sagrado de tu sexo
donde acaso el amor duerma en simiente
o se vislumbre un sol de eternidad.

Anda, encaja en tus pechos mi corazón antiguo,
vamos, que aún sobra espacio entre nosotros,
acóplate a tus vanos como a un viento calino
y agáchate, que va a pasar la muerte;
no nos llegue a rozar.

La amada del poeta

“... Porque no todo día puedo besarlo...”

A veces se me vuelve como una chaqueta vacía,
como un áspero reló de manecillas digitadas
que se espera y se está, moviendo su quietud a lo largo de un mismo, eterno punto.

Sus ojos no son ya suyos ni míos.
Se le huyen hacia dentro como gazapos asustados,
como si quisieran ver mi luto de viuda
o adivinar la fecha del entierro de nuestro primer hijo.

Y tengo entonces que callarme,
tapiarme el vientre de paciencia blanca,
cerradurar el arca con toda su odorosa holanda virgen,
tirar lejos el pomo presumido de esencias,
zapear al angora runrunoso
y dar, sembrar, posar, la mariposa de mi oreja
en su hombro derecho.
Y dormirme.

Nada me dice, ni aun cuando me tira sus palabras,
sus palabras desnudas, desatadas, sin verbos ni pronombres,
como que va y no va a decirme algo.

Yo entonces no me explico esa tenacidad de la albahaca,
ni el jaramago entre las tejas, infiltrado de un dispense doradísimo
ni tanta orla en la inicial de mi almohada,
ni esa capilla de Virgen con aceite que traen y llevan por las casas.

Y pediría cuentas al cielo de tanto lago y cuánta bobalondra.
Y exigiría explicaciones a los violines y abanicos,
de cómo es que no retratan también la última comunión de nuestra vida.
Y a las corbatas que no acaban de estrangular a tanto lobo en pie como va habiendo.
Y hasta al tranvía que frena a tiempo de no matar a aquel borracho forastero;
porque me consta que es inútil el ojal y el rigodón y el papel seda.

Porque no es sólo ya que no me bese:
es que me mira desde atrás, a través de la nuca
y me hinca un junco seco de hastío venial entre los pechos,
yo diría que exigiéndome la nada de su boca que aún no acabó de concederme.
Diría yo que desbesándome.

Pero otras veces es igual que una ho guera de piñas verdes y retamas
con ramas como venas trepidantes,
que me muerde de besos la cadera o la nuca,
que me hunde una mirada de metal en la garganta

y apenas si me deja un dedo en cada mano.

Entonces, ay, la Virgen del Espino bien podrá perdonármelo,
que luego habrá que desdoblar la vergüenza en la Parroquia
y para algo el Niño-Dios tiritita en barro crudo por las puntas del año.

Entonces yo me pongo el corazón debajo de la lengua
y le presto la cuerda de mis brazos para un suicidio de juguete
y le cuelgo de lágrimas esas pestañas ni siquiera tuyas,
para que ya no piense más en su París privado con diablesas,
a donde se me escapa y se me pierde mientras me deja el ancla de su mano.

Porque no debe ser muy gran pecado dejarse amar
por un volcán con tanta pena.
Y tiene que existir un purgatorio indulgenciado
para esta cosa oscura de acechar la sonrisa de un enfermo
mientras se va la sangre, a cada luna, a encenegar los pozos de la espera...

... Porque no cada día quiere besarme...”

Primitiva

Te daré el primer nombre, Varona, hueso mío.
Rédito de mi sueño a un Dios que nos formaba.
Eva aún sin poma. Membranillas tenues
sobre tus ojos, tu inocencia.

Te diré el primer nombre, Yema, Ova, Pistilo,
ni casta, porque aún no era castidad ignorarse,
verse sin verse, órbita de un merodear blanquísimo...

Aún el primer jilguero no era dueño del ritmo
ni el corzo había logrado esbelteces efímeras
para su parvo vuelo
y ya conmigo tú, penumbra mía, esbozo
de mi futuro antiguo, perplejo de invenciones.

Tu orografía armónica dándome voces limpias,
callando todo pájaro, celando toda lumbre,
y yo, yéndome en ti, sin mal, sin fiebre.

Y era el amar un susto espléndido y tremante,
un acabarse en otro para nacer en uno,
una huida fulgente del minuto,
un manantial, un alba, intempestivos.
Una manera heroica de rezar.

Se ignoraba la curva servicial del arado
y te brotaban hijos de los inmunes párpados.
Como no recordar, no recordarte,
cuenco de sol, liza jocunda y mística.

Te pondré el primer nombre, flor de mis costillares,
olvidaremos cifras, tronos, generaciones:
nada ha pasado, sabes, la nostalgia no existe
ni aún se está en un oscuro valle en que nostalgarse.

No. No es malenconía lo que nos da el crepúsculo.
Es pavor primitivo de ignorar si mañana.
Hórridas son, y tanto, las estrellas
como espías de Dios insoslayables.
No dulces. Nunca dulces sus aristas sin tino.

Ven a mí como antes, sin pudores de vides.
Con una, entre tus manos, no ya manzana, tórtola,
que vamos a partimos su guinda viva y rítmica,
su apenas corazón con el fiel de los dientes.

Ven a mí como entonces, pues no es bien que esté solo.
Que solo se me viene más el no Dios encima.
Que sin ti, rasgo cielos y anonado distancias
y grito al que me ha dado la materia del grito.

Ven ya y olvidaremos, que es decir morir vivos;
tu hombro tibio para mi nuca torturada.
Tu alud de besos contra mi insaciable candela.
Tú, que apenas te nombras Corola, Vientre, Nido...

El cadáver del alba

La primera palabra

Te debo esa palabra:
posibilitadora.

El niño que uno es siempre
necesita la concha
de tus manos, el techo
de tu bondad redonda.

El que sepa valerse
por sí mismo, que rompa
a andar según le guíe
su gana poderosa.

Pero quien esto escribe
gracias a la amorosa
soledad en que erguiste
por mí, silencio y sombra;
quien toda esta paz íntima
—imprescindible alfombra
donde posar de lleno
la palabra y la obra—
recibió de tu cuidado
de ave-madre afanosa,
de tu redor de mimo,
de tu celo y tu colcha;
quien se encuentra en la mano
la pluma abierta y pronta,
la página delante,
la luz detrás felposa,
y gracias a las tuyas
liberadas sus horas;
quien, como yo, te debe
la ocasión creadora,
el cerco de lo bello,
la caza de la forma,
no paga aunque te entregue
las briznillas de gloria
que vendrán, si es que vienen,
cuando Dios lo disponga.

Lo menos que hacer puede
es buscar la más honda
palabra, la más fuerte,
más exacta y hermosa
que, si no pague, al menos
la deuda reconozca.

Y afinándose el labio
por darla más sonora,
signando y santiguando
la intención y la boca,
llamarte simplemente
posibilitadora.

Dice la misteriosa adecuación entre su amada y su carencia

Eres tan grande como mi carencia,
tan imponente como mi agonía,
tan nada tuya como toda mía
y tan, como yo culpa, tú inocencia.

Se me ve a tu través, tu transparencia
le otorga resplandores a mi umbría.
Por llenarte de mí, quedas vacía
o plena cundes contra mi indigencia.

Cómo encajas en mí, cómo es mellizo
tu amor gigante de mi amor enano,
misterios son de gracia, que no azares.

Pregúntaselo al mismo Dios que hizo
tu pecho a la medida de mi mano
y tamaña mi sed como tus mares.

Reconoce su deuda para con la amada

Tengo deudas de ti, te debo tanto
que al verte andar me paso a la otra acera.
Te debo aquella sangre, la primera,
este niño, aquel verso y ese llanto.

La pluma, la palabra con que canto,
la saliva, la tinta, la salsaera,
el tierno pan del pecho y la cadera,
el amor, el amor Dios sabe cuánto.

Soy tan de ti, me siento tan contigo
entrampado de amor hasta los huesos
que por ver de pagar me he puesto en venta.

Pregono el verso y vendo cuanto digo.
Abierta está la caja de mis besos
y no me quieres tú pasar la cuenta...

No se atreve a creer que su amada padezca, como él, del mal de ausencia

¿De veras tú también?... Quiero y no quiero
creérmelo y creer que no ardo solo.

¿No es leyenda piadosa? ¿No es como lo
de la cigüeña o el ratón casero?

Si no es cuento de amor, si es verdadero,
corro al laurel ya mismo y me aureolo
y en tu fervor devotamente inmolo
tres palomas, dos mirlos y un jilguero.

Y hago más, cojo el verso y lo abarquillo
para mandarte un corazón urgente
con un beso postal sobretasado

si es verdad que tan mal y tan cuchillo
y como yo de irremisiblemente
te desangras de amor por el costado.

Del perro insoslayable y de su pan preciso

Tienes razón, el alma sobre todo;
pero detrás, el cuerpo insoslayable.
Por una vez perdona que te hable
de verdad, a mi gusto y a mi modo.

Estamos amasados con el lodo
mismo de Adán, parduzco y deleznable,
pero también, oh cándida, inflamable,
cáustico y más con la avidez del yodo.

Ladra un perro de sangre por las venas.
Pide su pan y tensa las cadenas
y nos crisca el silencio con su aullido.

Démosle, pues, para que calle y coma,
y alcémonos después, cóndor, paloma,
mientras él queda a nuestros pies dormido.

Canta aquel punto donde nacen los pechos de la amada

Aquí donde se rompe tu belleza
en dos orbes suavísimos e iguales,
donde pregonan amor con voces tales
que se me yergue la naturaleza,

aquí, donde parece que tropieza
contra tu bulto Dios roto en cristales,
déjame apuntocar los tres puntales
del corazón, la mano y la cabeza.

Corazón que se acuerde con el tuyo,
mano perpleja entre una y otra cumbre,
cabeza en tanta pluma derrumbada.

A ver si el pecho rinde en ti su orgullo,
si la mano se pierde en tu costumbre,
si te aprende la frente de almohada.

Quedar

Entre una ceja y otra, como otros muchos días
hoy, la gran mariposa negra de un pensamiento
negro, se me ha incrustado libándome alegrías,
clavándome un zumbido con aires de memento.

Que tengo que morirme, vieja historia olvidada
de puro dolorosa o de tan verdadera.
Que debo de salirme de mí sin dejar nada,
ni la memoria, gloria de esta historia siquiera.

Una a una entro y salgo las cuatro habitaciones,
donde me lavo y duermo, donde como y escribo,
y una vez más el aire se amolda a los rincones
y hace sitio a mi sombra de mortalmente vivo.

No quiero, me resisto contra tanta negrura:
morir, pero, a lo menos, quedar en el recuerdo.
Una acción generosa, una palabra pura
busco y soy al no hallarla yo mismo quien me pierdo.

Febrero

Va la tarde a doblar. Febrero extiende
sus visillos de sal por el espacio.

La luz es poca y, sin embargo, duele
contra los ojos agotados.

Salen los niños de su escuela. Serios,
ni alborotados ni gritando,
como si el tiempo gris les encogiera
las gargantas, las piernas y los ánimos.

Acaso cruzo el centro de la vida.
Acaso lo he cruzado
muy antes y la cuenta de mis días
acabe en estos treinta y tantos años.

Estas tardes así, como evadidas
de la galera general, flotando
en un aire incoloro... se diría
que apenas son su propio tránsito.

Tardes para sumirse en uno mismo,
cerrar los ojos y pensar despacio,
pasar lista al amor, y, pues no vino,
echar el corazón fuera, a buscarlo.

Hoy por hoy

Hoy me siento feliz... por nada. ¿Un libro?
¿Una visita? ¿Un grato sueño?
Para ser feliz basta
ver sin angustia deslizarse el tiempo.

Hoy tengo paz. Había
olvidado su rostro blanco, inmenso.
Una mujer que vuelve
a quererme. Que ha vuelto.

Vengan hoy los amigos
que para todos tengo
el silencio bastante y la palabra
encendedora del entendimiento.

Me vaga una sonrisa
muy cerca de la cara. No me atrevo
a sorber, a sumir su mañanía.
Esta más cerca Dios... ¿o está más lejos?

Si hoy me llega una tórtola y me canta
despacito, seguro que la entiendo.
Si hoy busco la esmeralda
mayor del mar, la encuentro.

Ha sido una sonrisa,
media lástima, un verso...
Un ángel-niña que se entró en mi casa
y me ha puesto de amor como me ha puesto.

Puñeto

A Félix Ros

Vengan a mí los solos de la vida,
solos de con trabajo y contratiempo;
las flautas broncas vengan a mi templo
que vamos a armar una escabechina.

Descontentos a mí, fuera sordinas.
Predicaremos con el mal ejemplo
y arda Troya, se hunda el firmamento,
que nada va a perder quien ya es ruina.

Llamo porque, aunque a solas, me sospecho
que ha de haber otro páramo, otros pechos
semejantes o más que esta alma en pena.

Lloremos fuerte y a la una, al menos
agriaremos la cena de los buenos,
saldrán a vomitar y eso consuela.

Colofón

(de un tríptico a los toros andaluces)

Los huesos de Melcar, pencas del drago,
las cales de Morón, la sal del Puerto,
los mármoles de Roma al descubierto
y el cuerno zurdo de Angulema aciago.

La uva balbaina, el dátil de Cartago,
la aceituna de Itálica, el concierto
de Bécquer vivo con Veragua muerto
norasanta parieron el estrago.

Un cráter funeral, dos ascuas puras,
una lira de alfanjes berberiscos
y un mar que se desangra por sus poros.

Desde entonces las brasas son oscuras;
la muerte, hermosa; dulces, los mordiscos;
los hombres, dioses, y los toros, toros.

Esto del Tiempo

Esto del Tiempo es para acabar loco.
Se piensa y no se acaba. Se nos queda
la frente entre las manos, mientras rueda
a su muerte la vida, poco a poco.

La frente entre las manos y me toco
la sangre andando con su andar de seda.
Me estoy jugando la única moneda
y en ella el corazón. Si me equivoco...

Será cosa de andar, de darse prisa.
O acaso de esperar... ¡Oh la indecisa
lucha del hombre contra el pensamiento!

Burro vendado en torno de su noria
con cadenas de sangre y de memoria:
hombre amarrado al potro del momento.

Prosa española

Desde mi punto muerto

A caballo mi vida entre la vida
de los de ayer y de los de mañana,
con una mano asido a mis recuerdos
y con la otra a mi esperanza,

a igual distancia de los satisfechos
y de la rebelión, a igual distancia,
puedo alargar mi brazo hacia un muchacho
mientras agarro a un viejo por la espalda.

Puedo ir aproximando la sonrisa
a la mueca, la furia a la des gana,
para que la una aprenda y la otra olvide,
para que una no cierre y la otra abra.

Lastima tanta estirpe disyuntiva
ignorándose y dándose batalla.
Por una y mil, por divergente y sola
a mí también me duele España.

Da contradiós ver luces combatidas,
sangre estúpidamente sentenciada;
uñas locas hurgando en las heridas
para que el tiempo no pueda cerrarlas.

Rencor, memoria muerta, ¿hasta qué día
seguirás infectándonos la casa,
cegando los resquicios al olvido,
emponzoñando incluso la nostalgia?

¿O es que pensáis alguna vez, caínes,
reedificar aquellas barricadas
con tiernos cuerpos de mujer, de niños,
donde venga a embotarse la metralla?

¿No fue bastante ya con la reyerta
aquella, que unos quieren olvidada
mientras otros la esgrimen como enseña
cuando es sólo lección, vergüenza y lástima?

Tres años fuimos vértice del mundo
como lo fue Babel, Sodoma, Dallas,
piedra donde las bilis del escándalo
aguzaron las puntas de sus armas.

Sueño padres armados frente a hijos,

hermanos sin amor violando hermanas;
me despierto y el sueño no termina,
sigo palpando llagas y más llagas.

Porque estoy como Cristo, entre dos reos,
entre la tiranía y la venganza
y es la madre común la que está en juego,
yo puedo y debo gritar ¡Basta!

En qué consiste ser español

Llamamos español a este agrio modo
de entendernos, de no entendernos, vaya.
De alzarnos cada cual, torre o muralla,
contra nosotros y otros, contra todo.

Español este andar codo con codo
para la cena... y para la batalla.
Este cariño matador que estalla
salpicando en redor lágrima y lodo.

Tú quieres una España más alerta,
Juan más cerrada, Pedro más abierta
y entre todos la mecen en sus brazos.

Tantos amantes de una dama sola,
sabemos sólo amar “a la española”:
matarnos y morir por sus pedazos.

Oración por los españoles sin España

Porque atardece y el día ya ha declinado.
(San Lucas)

Madre común España, desperdigada rosa
que aun aromas al mundo, fiel viuda
remendadora de tu propio cuero
del que tiramos tan diversamente
todos nosotros, madre, tus criaturas.

Que el menor de tus hijos hoy se tome
la palabra mayor, no debe, España,
saberte mal, que no hablo por mi cuenta.

Por la cuenta sin saldo de tantos otros tuyos
enajenados de tu paz, Señora,
te hablo esta vez. Por cuantos no te viven
y por eso no viven. No te saben
y no saben por eso de esta lágrima
que desborda la casa; de este desasosiego
que nos lo enturbia todo: la alegría,
el pan, incluso el pan, y aun la esperanza,
el diálogo, el sueño,
las fiestas, las faenas, el amor.

Esos mayores suficientes que no vuelven de noche,
que duermen fuera o hacen los que duermen,
vaya Dios a saber, mientras nosotros
te contamos las uvas, las naranjas,
los rosarios de olivas,
para que te adormezcas con el cuento,
no rompas a gritar, sorbas la lástima
y a un nuevo sol, te asomes
a vigilar el agua del regreso.

Que sí que volverán. Nadie se puede
conformar sin la tierra. Morirse sin la tierra
no es siquiera posible. Ni aun la planta descansa
si le falta el cojín blando y sin bordes
del suelo familiar. Claro que vuelven;
en cuanto tú, que rondas sus corazas, sus costras
de falsa paz, las pases por el filo
arduo de la nostalgia,
desmorones las tristes barricadas
que hoy les veda tu voz tierna y adusta
de madre-abuela sin rencores,
sin siquiera tener que perdonar.

Éstrate, pues, en sus insomnios
como ayer en sus sueños te incrustabas,
sin ni media palabra,
sólo déjate ver por sus memorias,
campar por sus desvelos,
añorar por sus pechos
pálidos sin tu sol. Que ya no puedan
seguir, fingir, andar sin tu caricia,
sin el pan de tu falda ni el agua de tus vegas
puedan yantar, beber, parar.

Que aquí se les espera, cómo no, se les tiene
sus tajos desolados, que nos hacen más falta
que tú a ellos, sus manos a nosotros,
sus frentes a nosotros, a nosotros sus voces
curtidas del exilio,
escaldadas del agua salobre de los ojos,
largas y sabias de esperar.

Y cuando asomen por la puerta inmensa
de tus lindes, con el costal incógnito
de la propia desdicha cada uno,
que nadie les pregunte ni les haga
fiesta a ninguno nadie, como que son de casa,
como que no acabaron de partirse
jamás de ti, como que sólo quieren
arrimar más la silla a tu candela
porque anochece y ya declina el día.
Como que hace más frío ahora que ayer.

Loco con el mismo tema

Amigo Antonio Machado:
la España que tú querías
todavía no ha llegado.

Sabe Dios si llegará.
Por hoy nos la están llevando
loca de acá para allá.

Dicen los entendedores
que no hay problema en España,
que son problemas menores.

Yo sólo te sé decir
que el porvenir todavía
sigue estando por venir.

Que está igual todo y cambiado
sin Problema y con problemas,
amigo Antonio Machado.

Tríptico de la libertad (III)

Libre nací y en libertad me fundo.
(Cervantes)

Pero, puesto que van estos renglones
dando cuenta de un algo que transita
¿será cosa de auparse en la infinita
solemnidad de las constelaciones

como estrella mayor del mar? Millones
de otras me ven brillar. Una me invita
a guiñar a compás; me necesita
otra de espejo de especulaciones.

Soy libre. Claro que soy libre. Claro
que lo soy, pues que sigo, pues que paro
según me da el amor, según me suda.

Libre y capaz, y tanto; que me fundo
en libertad, y en libertad me hundo
como un dardo en el centro de mi duda.

Lo peor

No se trata de extraños; es la misma familia.
Ni animales ni monstruos ni marcianos.

Hombres como vosotros y yo, niños, mujeres,
tan inmortales como el Cristo mismo,
sencillamente pasan hambre.

Nadie es poeta porque nadie sabe
gritar este delito de manera
que nunca más en paz alguien respire
mientras tal guerra siga
sin siquiera empezar.
Nadie es poeta, mienten
los que así se llamaron, nos llamamos.

Ahora sí que quisiera
ser uno ese cantor nunca nacido
que arrancara los montes
al solo golpe de la voz un gida.

Ahora sí que se añora
la página infinita de los hielos,
la garra columbina del Paráclito
y la tinta más agria que haya sido
para, debidamente,
según nos urge el caso y sus dolamas,
extraer de los odres abastados
la miga imprescindible con que llegar a tiempo
antes que doblen tantos más.

Y es que, mientras hablamos, van cediendo;
mientras dudamos, siguen abatiéndose
definitivamente los dormidos
puros, indespertables. Mientras vamos
bebiendo y bostezando nosotros, ellos siguen
cerrando el abanico de sus sombras
a cero y menos grados con la tierra.
Esta, sin más pinturas,
es la ardua realidad.

Y frente a tanto hierro de frontera,
gangas de más y abusos de cocina,
frente a las llaves de las arcas todas
sólo la palanqueta, la ganzúa
derecha del amor —nadie se engañe—,
puede aún salvarnos.

La familia total por parte de la sangre
unamente sentida en tres colores,
blanca, negra, amarilla, solamente
esta viejísima herramienta, sigue
apenas esgrimida, potenciosa
más a medida que es mayor el duelo,
tamaña como el hueco en derredor.

Que cada quien redima la indigencia
que alcance con las puntas de las manos
abiertas como estrellas, y sepa que es tan suya,
tan propia como el nombre de pila, esa des gracia
que tomó por ajena
en un instante de vergüenza o miedo.

Luego hablaremos de otras muchas cosas,
todas ellas menores...

La cadena

... Y lo bueno del caso es que tenían
razones, no razón; porque primero
los otros, los hoy víctimas,
apenas anteayer verdugos fueron.

Pero antes de anteayer, si hacéis memoria,
cambiados los papeles y los puestos,
fue ya verdugo el esta vez verdugo;
de esta víctima, víctima el abuelo.

Y antes de antes de antier... Y el primer día,
al vagido inicial del niño-tiempo...
Y se pierden la vista y la memoria
en la rebusca del primer veneno.

Israel, Ismael, Abel, Caínes...
¿Qué más da ya quién fue el primero?
Lo urgente es cercenar esta cadena,
esta sarta suicida y sin remedio.

Blancos, negros, azules, amarillos;
fronteras de opinión o de pigmentos,
¿qué sois frente al gran vientre de un Sol mismo
que nos parió parientes y parejos?

Como no nos salgamos de esta noria,
como no nos desencagilonemos
ya mismo de esta rueda de rencores,
no va a quedar ni quien lo cuente luego.

Futuro perfecto

Llegará un claro día en que estos ojos,
bautizados en otras cuencas niñas,
lean la historia de este turbio ahora
con una mezcolanza de temor y de asco,
de sorpresa y de ira,
se dirán: “¿Es posible?... No hace tanto,
y esto caía y era cercenado
sin abrir esto otro, mientras medraba aquello
o bullía escondida
toda esa verdinegra, casi sólida hiel”.

Está para llegar el momento del pasmo:
nietos con nuestros dedos se harán cruces
sobre estas mismas frentes otra vez alumbradas:
“todavía en los años mil novecientos... muchos
después de Cristo, chorros,
diluvios de violencia
salpicaban espesos,
retroactivos, las páginas del día
ese no tan lejano”.

Ni uno de aquellos niños sopesará en su frente
la pena con que ardimos, la impaciencia
que los hizo posibles.

Ignorarán, simples, la casta
que treparon, ni acaso el más vidente
sepa que, encaramado sobre estos cráneos nuestros,
ha podido salvar las turbias tapias
que, hasta ayer, impedían este sol que trajimos
salvajemente hasta su paz de entonces.

Delitos

Toda guerra es civil, toda reyerta,
familiar, todo pleito injusto, todo
fallo fallido si condena.

Profanación toda violencia, toda
ofensa, sacrilegio si de obra;
fraude, si de omisión; si de palabra,
toda ofensa es blasfemia.

No hay violación que escape
a los mimbres hirsutos del incesto.

Calumnia es toda voz armada. Crimen
la abstención congelada de los indiferentes,
la rebeldía toda, parricidio;
sacrilegio, la gula vecina de otras hambres;
profanación y robo, el lujo aislante;
desafuero, el rencor, contra el espíritu;
cualquier ejecución, infanticidio.
Rapto, cualquier prisión.

Merecedoras todas nuestras culpas
de la eterna condena irremisible
sin perdón, sin final, sin paz ni olvido,
incurso como estamos los más en agravantes
de abusos de esperanza en mayor grado
y de alevosa consanguinidad.

Del río de mi olvido

Rapto

Una fragata en la ría
y yo con diez bucaneros,
amor, de piratería.

Llegar a tu puerto un día.
Robarte, y hacerte mía...

¡Levad anclas, compañeros!
Que suenan por la Caleta
voces de carabineros.

Y en el lomo de una duna
tu padre con la escopeta,
solo ya, frente a la luna.

Penal

(Gitana con niño)

—Por na, mirusté, por na.

Una jangá, ¿sabusté?

Una malajá.

Total ná.

Pero no sapurusté:

Ya saldará. Ya saldrá.

Yo sola y el churumbé.

—Niño, limpiaté

y a callá.

Ahora que yo mirusté,

de “esto”... na.

Nanas

I

El árbol de mi sangre
tiene una rama
donde viene a posarse
la luz del alba.

II

El burro de la noria
lleva en su grupa
pastel de zanahoria,
caña de azúcar.

Borriquitoño,
dame azúcar de caña
para mi niño.

III

A la panarria vieja
de mi tejao
se le cayó una teja,
la ha escalabrado.

Ea la ea,
a mi murcielaguito,
¿quién lo menea?

IV

Tengo un oso de pana
que come y bebe
y me moja la cama
de siete a nueve.

Todos los días
me despierta su cante
por alegrías.

V

A la salamanquesa
de la alacena
le creció la cabeza,
mira qué pena.

Que este gorrito
que antes le estaba grande
ya le está chico.

VI

La cigüeña en su pico
trajo a mi huerta
un renacuajo chico
que me despierta.

Siempre croando.
Es mi pedigüeño
que está llorando.

Olivas

Por la sal y el aceite de tus ojos marinos,
de tus ojos de olivas, mis molineros van
y van mis marineros, y van mis campesinos
espigando en tus finos trigalillos mi pan.

Por la leche dulzona que has de darme algún día
cuando bese tus manos de tan blanco deleite:
por la miel del contigo, por la simple alegría
de moler, vida mía, de tu olivo el aceite...

¡Ay granazón baldía de verte y no tenerte!
Cuando llegue ese día... ¡Cómo voy a quererte!
Pero..., ¡qué levemente te tendré que rozar!

¡Garza mía, gacela... mía, nenúfar mío!
Porque no se me rompa tu tersura de río.
Porque no se me seque tu verdor de olivar.

Puerto de qué futuro

Tú, pueblo mío, seguirás creciendo
sobre mi tumba, hasta rascar los cielos,
encaramándote en mis huesos.

Entre tus lindes seguirán naciendo
niñas con alas. Seguirá latiendo
tremendo, el turbio amor. Seguirán yéndo-
se agotando y muriendo,
añadiendo sus muertes a las mías,
los hijos de mis hijos. Hijos tuyos
darán quizás también sus cuerpos
para tu elástico esqueleto
y el roce de sus pies te habrá ido haciendo
—y su peso pequeño—
cada vez más y más humano, pueblo.

Crisol, al sol, de almas
de muertos vivos y de muertos muertos
que te alimentas de miradas, de palabras
y de sombras sagradas y sangradas. Misterio
voraz, que nutres tu no ser apenas
con tantos seres verdaderos.

Aprendiz de amante

Romancito de soltero insomne

Madrugada sin sueño.
Cuando toma la almohada
la silueta de un cuerpo
de mujer. Cuando el viento
suena en nuestra nostalgia
con chasquidos de besos.
La polilla obstinada
perfora nuestro tedio
y el reloj agiganta
la crueldad del desvelo.
Acuden en bandadas
los dolientes recuerdos:
¡Cuánta novia frustrada!
¡Cuánto amor por el suelo!
María de la Lágrima,
Soledad del Misterio,
la de la cinta blanca
y el jazmín sobre el pecho.
La que más nos besaba...
La que besamos menos.
¡Cualquiera! ¡Todas!... Nada.
Fantasmas del deseo.
Sólo un alma, nuestra alma,
de espaldas al ensueño...

Y, solo, entre las sábanas,
un cuerpo, nuestro cuerpo.

¡Ese fluido...!

Aún no sé cómo asirlo, cómo usarlo y regirlo.
Se me va de los ojos como ayer de los dedos.
Lo contemplo galápago y se me exalta mirlo
a un luego inexistente donde cunden los miedos.

Ya debe quedar poco y aún no empecé. Mentira,
yo no viví cincuenta, ni cuarenta, ni veinte.
Como el de aquella fábula miro hacia atrás con ira
y revientan de lástimas las venas de mi frente.

Ayudadme vosotras, las que aupáis la mañana
con sesenta macetas de fruto a cada hora.
Tú que surtes la mesa, amante, madre, hermana,
tú que peinas los astros, novia, musa, señora.

Yo sólo hago estas flores de papel y aun las pierdo,
las de ayer no sé dónde las puse y estas mismas
se habrán ya mismo huido del mueble del recuerdo
y de sus brotes sólo me quedarán estigmas.

Torpe de manos, burdo, caótico y cegato,
no acierto a hacer un libro con pliegos divergentes.
Se me han entrenredado las cuerdas del zapato
y no encuentro los lentes con que buscar los lentes.

Permanente fluencia

Se nos está yendo la vida, vida,
la irrepensible vida, de las manos del alma.
Óyeme y mira cómo nos poblamos
de lástimas y ausencias, con el tren de las horas.

Se pone Dios a amanecer sus pájaros,
sus centellas de júbilo, su risa de cascada,
su luz de sal, el verde cabrilleo,
mi vida, de la vida en nuestro torno

y nosotros en tanto yacemos estibados,
paralelos de sueños divergentes,
oscuros más que islas nocherniegas,
tirando por la borda el alto ser de todo.

Y este segundo nunca se nos dará de nuevo,
y ya podemos sólo ver su espalda que huye
y el que viene se filtra ya por la tensa espera,
red desmallada, inválida del pecho.

Por eso, mira, amor, que nos estamos,
de hoy más, alerta y juntos, veladores.
Que la flecha que quiera pasar entre nosotros
se nos clave en un solo corazón con dos nombres:
se embote en una misma sequedad y se quede.

Anisocronía

Van nuestros tiempos paralelos dando
tumbos que los acercan, los distancian,
los emparejan a un celeste ritmo
en que nos vamos trascendiendo vivos.

Nuestro ayer era idéntico y no era
el mismo, sin embargo.
Cada uno envejece lo suyo a su manera
y hay tardes en que acaban más lejos nuestras vidas.

Ay, poner en la misma
hora tu corazón y el bronco mío
para latir isócronos y, unísonos,
callar cuando Dios quiera con un silencio único.

Ni adelantarte ni atrasarme, irnos
consumando a la par, como dos párpados
que nieguen, simultáneos, a la luz sus trasfondos,
ciertos de que han de abrirse apenas amanezca
de nuevo a un mismo sol, a un cielo mismo.

Soledad de dos

...la soledad de dos en compañía.
(Campoamor)

Se nos van y otra vez nos dejan solos.
Bordas la casa mientras yo te escribo;
los hijos, a lo suyo y a lo nuestro
nosotros, huérfanos de hijos.

Charla el televisor inatendido,
envejecemos lenta y quedamente.
La mejor música es ruido
al lado de tus ojos y en mi frente.

Dicen que el tiempo nunca para, pero
yo sospecho que ahora se ha parado
a vernos, pura envidia, ser entero
yo, tú rota por mí. Los dos a un lado.

Al margen de su furia que no es nada
más que miedo y la fe que le prestamos;
por esta vez, mujer, somos y estamos
en paz, contra su rueda encadenada.

Me levanto y apago. Ya no escucho
más que el latir de dentro. Todavía
por un silencio más silencio lucho,
nos queremos y enciendo la alegría.

Llevamos medio mundo malvividos
por afanes ridículos y ajenos,
pero sanseacabó. Que por lo menos
el resto del morir nos coja unidos.

Asunta mía

Asunta tú de Dios, yo asunto tuyo.

Sentirte envejecer. Ver cómo el seno
declina su turgor y aprueba el día,
cada vez más del páramo y más mía
comprobarte mujer, gloria del heno.

Pero amor, cada vez más y más lleno,
mientras cribando va tu anatomía
te me abre, cada vez más, la franquía,
la donación, el alma, el intraseno.

Aquella espiga y rosa tuyas, bellas,
se han transcendido y son, las mismas, ellas,
cáliz del corazón, tallo de altura.

Oh, cómo en tanto el cuerpo se despide,
el Dios se asienta: olvido impide y pide
alas de eternidad, paz sin fisuras.

Cuidemos este son

Cuidemos este son

Si escribir es llorar, ¿qué no es el cante
en este sur del sur tanto y tan puro?
Llanto preciosamente vertido contra el muro
de una agria realidad densa y flagrante.

Hombres, hembras del pueblo, pueblo amante
y como tal dolido de por muerte,
débil el cuerpo, la palabra inerte,
ciñen su aullido alrededor del mundo.
Corazón hacia atrás, tiempo adelante,
sajan el surco más y más profundo
donde enterrarse y germinar en vida.
Una imposible voz, esto es el cante.
Una fistula en flor, tal es su herida.

Vayan saliendo, recogiendo y yendo
con su silbo a otra parte los tenores,
la mujer con sus rosas y el niño por su ombligo,
que no es ésta ocasión para menores.
No es la música aquí, de ella no entiendo.
Del verbo en pie, de sus grandezas digo.
Id plegando las flores
y engendrando un candil como testigo.

Raza de estaño y de salitres, hijos
de la vid, de la red y los trigales.
Arcángeles ayunos, sementales
de las minas del sol y sus cortijos.

Poned la voz, la voz sin aire, vuestra,
en el limbo lunar de la guitarra
donde tiembla la gota final de la agonía.
Alzadla como muestra,
aupadla en esa garra
con que adolece abril y espora el día.

Extended la bandera,
esparto y pana, mástil carcomido,
de la palabra *soledad*, tan pura...
Sacadla pronto afuera,
columpiadla en la altura
y un chamariz vendrá a plantar su nido
en derredor de tanta arboladura.

La azada en que la tierra se aquerencia,
el búcaro sudando junto al trillo,

la faja negra o roja y la venencia,
la gubia, la zaranda y el martillo,
mentores vuestros son y os adoctrinan.
La noria, el biello, el grillo,
os dan la misma sal que ellos trasminan.

Y así se os va la voz, sin voz apenas:
surtidor del fandango y sus redores,
martinete de arena,
debla mortal, serrana en estertores,
aullido funeral por Cartagena,
saeta vertical, tiento entre flores.

Señora soleá, lebrillo inmenso
donde heñir a puñadas las bascas del destino,
dolido polo intenso,
malagueña ancestral del mejor vino.

Rezo pagano de la gañanía,
la punta del jipío en un lucero,
pañal de la alegría.
Alboreá, sangrienta epifanía,
inocente blasfemia del minero.

Siguiriya real, silencio puro
que al bordón condecora de lilas dentelladas,
bucólico verdial, taranto oscuro,
cantiñas musitadas...

Horma infinita del dolor sonoro
escalando las gradas del mar a contravuelo
y clavando en su lomo una palmera.
No existiera el metal y aún seríais oro,
no hubiera Dios y fuerais Dios del cielo,
no fuera amor y en vos amor ya fuera.

Mariposa de níquel, panadera
sin más que afrecho, fuego y levadura.
Olivo sin raíz, pero con zumos.
Pausa de estruendo y clara torrentera,
vilano de hermosura,
horizonte con dardos y con grumos.

¿Qué sin la mañanía,
sin la untura de ti, sin tus ribazos,
del niño eterno y pueblo, qué sería?
¿Qué del pobre andaluz sin tus abrazos?

Ven, pues, eucaristía

comunal, clandestina y enconada,
sabor de malvasía,
coz de yegua preñada...

Ven y recuérdanos cuanto tenemos
que olvidar con tu ayuda,
no te nos hagas más la sordomuda,
déjanos ya los ramos y los remos.

Pastor o viñador que en ti se abrean,
gitano que en ti muere,
mariscador que en tu verdor se pierde,
arrumbador, carrero que te llevan,
nunca podrán morir ni ser esclavos.
Tu estrella los arropa y los rescata,
los conjuran tus trenos.
Más que los toros nobles y aún más bravos,
la misma espada tuya que los tunde y los mata
los hace más hermanos y más buenos.

Nunca te apagues, manantial de cobre,
lágrima inenjugable y rumorosa,
himno agujereado por mil puntas de lanza.
En ti encuentre el varón dolido y pobre
la materia diaria y generosa
para la rebelión y la esperanza.

Toná

Y desde que tú te fuiste
veo sombras por todas partes.
Me llaman y no me llaman,
vuelvo la cara y no hay nadie.

Soleá

(de 4 versos)

Cuando a los pechos te pones
la cruz más bella que he visto,
me acuerdo de la de Cristo
en medio de dos ladrones.

Soleá

(de 3 versos)

Tú vas a echarte a temblá
igual que tiembla una rama
cuando el pájaro se va.

Soleariya

Pero qué.
No es deshonra para un hombre
morir rondándote en pie.

Siguriya gitana

Por las torrenteras
la vi de bajá,
la luna no tiene más brillo en la alberca
ni más clariá.

Siguriya corta de la Isla

Pegarme a tu cuerpo
y que no pudieran ya más despegarnos
ni después de muertos.

Tango

Una vez que entré en tu cuarto
me subí por las paredes,
porque estabas desnudita
como la sal y la nieve.

Liviana

Tus ojos de tan cerca
duelen a noche.
Aparta de mi lengua
tu olor a cobre.

Háblame quedo.
Descánseme el cansancio
tu voz sin besos.

Bulería

Tengo a mi reló enseñao
pa que no cuente las horas
cuando te tengo a mi lao.

Cantiña

El antojo que tienes
donde yo sé...
se me ha antojado y vengo
a que me lo des.

Alegría

Verea de esmeraldas
pasito a paso,
el cántaro a la espalda,
los pies descalzos,

sola y morena,
viene sembrando coplas
la marinera.

Jugueteillo

Entra y apaga,
tira la llave
por la ventana.

Fandango

Se bañó.
En medio del mar bravío...
quien una vez se bañó
ya no se baña en un río
ni por equivocación.
Y ese ha sido el caso mío.

Nana

Este mendigo bobo
vino a pedirme.
Por no dárselo todo
tuve que irme.

Yo no sabía
que detrás el mendigo
se me venía.

Sevillanas

I

Al pasar por el puente
San Alejandro
sentí ganas de verte.
Me fui nadando,

corriente arriba,
hasta tus salinares.
¡Qué bien que iba!

II

Si al bajar la marea
me lleva el río,
cuando esté otra vez llena
me iré contigo.

Que a mí me mueven
tu corazón y el agua
por donde quieren.

III

Si la barca se quiebra
tiene remedio,
se remienda la vela,
se empalma el remo.

Los corazones,
¿quién les echa un remiendo
cuando se rompen?

IV

Pescadito sin redes,
redes sin barcos.
Mi corazón y el puente
me están llorando.

Que a mí me han muerto
unos ojitos verdes
de tierra adentro.

Colombiana

Suponte tú que ahora yo
te quisiera convensé
de que lo que no pué sé
tiene que sé entre los do.

Que no va a salir el so
hasta que tú no seas mía
ni va amanesé más día
que el día de nuestro amó.

Imágnatelo tú,
toíta la tierra sin lu.
¡Uh...!